

El urbanismo salvaje



Blanes, el pueblo gerundense en el que vivía Roberto Bolaño cuando publicó *Los detectives salvajes*, triplicó su población en las décadas del desarrollismo. En 1999 leyó el pregón de sus fiestas. Había llegado allí a mediados de los ochenta buscando la casa de vacaciones de la Teresa de Juan Marsé, pero nunca la encontró. Su madre se unió a él y abrió una tienda de bisutería en la zona turística de Los Pinos. Allí mismo, detrás del mostrador, se instaló Bolaño con unas colchonetas. En ese barrio de ensanche improvisado lo que sí encontró fue gente que reprogramaba cada día el desarrollismo: el dueño del videoclub con el que discutía sobre Woody Allen, los heroinómanos que le hablaban mientras desayunaba manzanilla con churros, los dependientes de la farmacia Oms. En este urbanismo cotidiano Bolaño decía haber hallado “un paraíso sin estridencias”. Uno distinto al descrito por muchos libros de arquitectura, que solo cuentan las intenciones iniciales de los proyectos, pero no cómo éstas con el tiempo se transforman en realidades más plurales. En Blanes descubrió un urbanismo poblado por cortinas, películas, colchonetas y manzanilla. Salvaje, porque surge en los márgenes de lo reglado y porque no ocurre en los comienzos heroicos, sino en las largas cotidianidades que los recomponen.